

24 de noviembre de 2009

**Profesor Fidel Aizpurúa Donazar**

**UNA EXPERIENCIA ESENCIAL DE JESÚS**  
**Lectura social de la carta a los Colosenses**

**Introducción:**

Cualquiera que se detenga a pensar cómo en España, un país sacudido por una creciente secularidad, han podido venderse, en sucesivas ediciones, más de 50.000 ejemplares del libro de J.A.Pagola, *Jesús. Aproximación histórica*, posiblemente no halle respuesta inmediata. Si mira las librerías especializadas en temas bíblicos encontrará traducidas al castellano las grandes obras de los biblistas actuales (Wright, Dunn, Meier, Crossan, Sanders, etc.). Pero si acude a los expositores de libros de unos grandes almacenes, los libros con tema de Jesús, tratados de una u otra forma, abundan y aparecen a diario. Es cierto que la “deformación” del perfil histórico y teológico de Jesús puede alcanzar cotas increíbles (como el film *Corpus Christi* de Terrence McNally) y que algunos intentos, incluso de especialistas, puedan tildarse de “búsquedas extravagantes” (Cf el libro de C.A.Evans, *El Jesús deformado*). Pero todo ello indica, en su conjunto, que la persona de Jesús y la relación que puede tener con la persona de hoy, sigue perfectamente viva.

Otra cosa es que se pregunte hasta qué punto esa figura llega a provocar en las personas un determinado tipo de experiencia. Sigue primando la *experiencia histórica*, el cúmulo de preguntas sobre aspectos de la vida personal de Jesús, inquietud que casi siempre se salda con un fracaso, dada la peculiaridad y escasez de los documentos antiguos que poseemos. Para otras personas, incluso no creyentes, lo que se persigue en la búsqueda de Jesús son sus indudables valores éticos, “nada moralmente despreciable en sus enseñanzas, salvo que son casi imposibles de cumplir” (H.Abad, *El olvido que seremos*, p.79), y que aún se consideran valiosos en el mundo de hoy, “incluso en aquellos casos en que la sociedad no cuenta ya con ellos y ha olvidado su influjo” (J.A.Marina, *Dictamen*, p.57). Esta *experiencia moral* es sumamente valiosa, aunque tan versátil y ligada al hecho social como lo es la misma moral. Para un ámbito grande de creyentes, la experiencia de Jesús se vehicula en una *experiencia religiosa* ligada a unas ciertas prácticas. E incluso hay no pocas personas que vehiculan su conexión con Jesús en una *experiencia creyente*, acomodada y en consonancia con este tiempo nuestro posaxial, secular.

Nosotros queremos hablar de una *experiencia esencial* de Jesús. Puede ser algo de todo lo dicho, pero distinto. Se enmarca en un determinado tipo de espiritualidad,

aquella que mantiene, por encima de todo, su fidelidad a la historia. “Una dimensión profunda del ser humano que, en medio incluso de la corporalidad y la materialidad, trasciende las dimensiones más superficiales y constituye el corazón de una vida humana con sentido, con pasión, con veneración de la realidad y de la realidad: con Espíritu” (J.M.Vigil, *Otra espiritualidad*, p.4)”. Es un tipo de experiencia que funciona en los modos de un “atractor”: algo que atrae y, a la vez, reordena la experiencia vital. Es algo percibido en el fondo de la verdad de uno mismo y no tiene que ver con adscripciones religiosas, algo parecido a la certeza de que entrando en el mundo de los valores del Evangelio entra uno en cierto ámbito de verdad personal, de algo que le constituye a uno mismo.

Podemos explicar lo que queremos decir tomando las palabras de R. Mate: “Nunca uno mismo, desde sí mismo, alcanza al otro. Pero ese otro nos es vital porque es como si tuviera el secreto de nuestra realidad...Es el otro, la memoria del otro, la pregunta del otro la que nos despierta a la vida, a la subjetividad moral, al conocimiento puro y simple. Verse con la mirada del otro” (*La herencia del olvido*, p.83). La experiencia esencial de Jesús está libre de todo afán de posesión, componente casi ineludible del mecanismo religioso o intelectual. Se trata de alcanzar al otro, a Jesús, desde él mismo, no desde uno mismo. Y, además, se termina viendo que la realidad de ese otro nos es vital porque guarda la clave de comprensión profunda de lo que uno mismo es. Traerlo a la memoria en la forma de un escrito bíblico es volver a hacerse “la pregunta que despierta a la vida”, el cuestionamiento por el sentido más elemental. Desde ahí se puede trazar un camino de vida, una manera de leer la realidad, no por imperativos heterónomos que viene del presupuesto religioso. “Verse con la mirada del otro” es, por inconcreto que parezca, el núcleo de esta experiencia a la que aludimos.

De este tipo de experiencia creemos que habla la carta deuteropaulina de los Colosenses. Efectivamente, no puede hablar principalmente de experiencia histórica (no hay perspectiva suficiente), religiosa (no existen tales mecanismos en la época) o creyentes en sentido organizado (no hay dogmática vigente todavía). Cuando el autor apela a la experiencia de Jesús como manera de situarse en el mundo frente a otras formas de experiencia religiosa (la de las religiones de tipo místico con una mezcla de angelología popular y gnosticismo), es a esta experiencia esencial de la que hablamos la que creemos que está haciendo recurso.

Colosenses es un texto deuteropaulino por su distinto estilo (genitivos en cadena, escasez de partículas), por su cristología cósmica tan desarrollada, por la ausencia del Espíritu y por el poco peso de su escatología. Otros, sin embargo, sostienen su autenticidad basándose en el estilo tan personal de algunos trozos (4,7-18) y la datan en torno a alguna de las tres cautividades paulinas (Éfeso 54-57, Cesarea 58-60, Roma 61-63). Pablo nunca estuvo en Colosas (ciudad-mercado de Frigia). Epafras fue el fundador de la comunidad y de otras comunidades en la zona. Todo el “equipo” paulino, incluido Epafras, está en la cárcel. Éste ha informado a Pablo de lo que ocurre en la pequeña ciudad: ciertos individuos empiezan a tener su influencia en la comunidad creyente. Sostienen una filosofía o sistema de vida que prometía la plenitud a través de ciertas devociones o culto a los ángeles, es decir, a seres supramundanos que regían los destinos del mundo. Todo esto se concretaba en prácticas ascéticas en materia de comidas, mortificaciones de gran severidad con el cuerpo, esoterismo visionario y culto a los ángeles. Santones que impresionaban. Todo ello envuelto en un cierto gnosticismo religioso, proponiendo una sabiduría secreta, que era un sincretismo de ascética, culto ritualis-

ta de los elementos del mundo combinado con ritos judíos de la circuncisión y la especulación sobre los ángeles.

Es el problema conocido de todo mecanismo religioso: cómo tocar al Intocable asegurando así el camino hacia él. Colosenses, fiel a la experiencia esencial del Evangelio, propondrá un camino de vida ceñido a los valores del Evangelio, o si se quiere, a los de la misma historia animando a leer esta realidad más allá de los simples límites de lo que se ve pero sin salirse nunca del marco histórico. Pretender “la plenitud” para un hombre, pobre, es abrir el cauce a otra lectura de la vida y del mismo hecho social. Por eso, nuestra lectura tendrá un componente de tipo social, aquel que lee la experiencia evangélica sin traicionar a los parámetros históricos. Por el contrario, en ese paradigma de la historia se cree que la fe se sitúa en su mejor lugar.

## 1. Lectura sincrónica:

### 1) Punto de partida: reconciliados por un pobre puesto en cruz

Colosenses tiene que ver con Efesios. De los 155 versículos que componen Ef, 73 tienen paralelismos verbales con Col. Muchos contenidos teológicos y sus derivaciones son similares. Por eso, no ha de extrañar que ambos textos se abran con un punto de partida similar: la gran idea de la reconciliación de todo en Cristo, la *anakephalaiôsis* de Ef 1,10 y el *apokatallassô* de Col 1,20. Esta certeza es la que da sentido a la obra de Jesús y a la de la comunidad. Pero en Col se añade un dato más: la reconciliación se hará “después de hacer la paz por su sangre derramada en la cruz” (*Eirênopoiêsas dia touto haimatos tou staurou autou*, 1,20). Es decir, la reconciliación no se lleva a efecto mediante una gran maniobra espiritual, por caminos de gloria religiosa u otra, sino a través de la obra de un pobre puesto en cruz. Esto marca ya una perspectiva: la pretendida supremacía de Cristo sobre los seres angélicos o demoníacos no obvia su pobreza histórica. Más aún, es en esa pobreza donde habrá que descubrir la plenitud que es capaz de salvar.

Así es Jesús “imagen de Dios invisible” (*Hos estin eikôn tou Theou tou aoratou*, 1,15). No lo es por un camino extrahistórico y sublime que ningún humano haya podido alcanzar jamás, sino por la más vulgar y dolorosa de las sendas que se puedan tomar: la muerte injusta, la violencia que sufre una víctima. Mirar al crucificado (como en Jn 3,13ss) desvela el rostro de Dios y su mano trabajadora que reconcilia la historia.

Jesús ha hecho toda una obra de reconciliación desde el madero de la cruz:

- Ha llevado al creyente a la verdadera circuncisión “una circuncisión no hecha por hombres” (*Peritomê akheiropoiêtô*, 2,11), la verdadera circuncisión en la vida que lleva a un reordenamiento de las estructuras básicas poniendo coto a los “bajos instintos”, a las más hondas contradicciones del subsuelo personal (*En tê apekdusei tou sômatos tês sarkos*, 2,11).
- Además, ha asociado al creyente a su resurrección, a dinamismo salvífico más vivo, “por la misma fuerza con que Dios lo resucitó a él de la muerte” (*En hô kai synêrgethête dia tês pisteôs tês energieas tou Theou tou egeirantos auton ek nekrôn*, 2,12). El dinamismo resurreccional pasa al creyente con la misma fuerza que ha obrado en la persona de Jesús.

- En tercer lugar, ha dado vida por un hondo y definitivo perdón: “Dios os dio vida con él, cuando nos perdonó a nosotros todos nuestros delitos” (*Sunezôpoiêsen hymas syn autô kharisamenos hêmin panta ta paraptômata*, 2,13). Es un perdón que nunca se vuelve atrás porque está asociado a la verdad de Jesús y su hecho resurreccional.
- Así, la exigencia de la Ley ha sido igualmente clavada en la cruz, crucificada como lo es un criminal, “barrida de en medio clavándola en la cruz” (*Kai auto êrken ek tou mesou prosêlôsas auto tô staurô*, 2,14). Ha sido descalificada y ha suprimido la obligación que imponía aquella Ley “cancelando el recibo que nos pasaban los preceptos de la Ley” (*Exaleipsas to kath’hêmôn kheirographon tois dogmasin ho ên hypenantion hêmin*, 2,14a).
- Todos los poderes que pretendían esclavizar a la persona han sido despojados de su vigor, ofreciéndolos “en espectáculo público” (*Edeigmatisen en parresia*, 2,15b).
- En definitiva, el pobre crucificado se ha convertido en un auténtico triunfador, uno que justamente por asumir los fondos de su historia pobre ha encontrado para sí y para nosotros el camino de la plenitud. La paradoja que supone la pobreza de la cruz entendida como total posibilidad cobra aquí la categoría de cimiento de la experiencia de Jesús que se describirá después.

## 2) La persona plena:

Este Jesús que reconcilia desde la cruz es para Col la persona plena, el hombre cabal que ha logrado bajar al sótano de la humanidad y reconstruirse desde ahí. Esta inmersión en lo humano es la que constituye la garantía de su verdad personal y de su ser mesiánico. La pretendida hegemonía de los seres angélico-demoníacos queda aquí superada por el ahondamiento en el hecho histórico. Jesús es quien por su total pertenencia a la historia. Desde ahí no duda Col en calificar al pobre crucificado como “plenitud total” en cuanto que es en quien “habita Dios, la plenitud total” (*Hoti en autô eudokêsen pan to plerôma katoikêsai*, 1,19). Solo en apariencia el lenguaje es paradójico: cuanto más hondamente humano, más salvífico es; cuanto más inmerso, más cercano a la divinidad; cuanto más fiel a la historia, más posibilitador de horizonte para los humanos.

La convicción de Col es firme: “en él habita realmente la plenitud total de la divinidad” (*Hoti en autô katoiken pan tô plêrôma tês Thetêtos sômatikôs*, 2,9). La búsqueda de quienes andan mirando a las nubes para detectar la presencia de los seres demiúrgicos que según ellos, influyen en nuestros caminos humanos, encuentra una salida en la persona de Jesús: en su humildad histórica ha hecho casa y morada la plenitud de Dios (cf Jn 1,32).

Esta plenitud es la que podrá pasar también a la vida del creyente, por mucho que se enmarque, cómo no, en la más pobre debilidad histórica: “Por él, que es cabeza de toda soberanía y autoridad, habéis obtenido vuestra plenitud” (*Kai este en autô peplêrômenoi, hos estin hê kephalê pasês arkhês kai exousias*, 2,10). La única manera de tener la certeza de que hay un horizonte para la aporía histórica es comprobar que Jesús, uno perteneciente a la historia, ha logrado dar con la meta de la plenitud por los caminos de la honda humanización. Si este planteamiento parece frágil, el del sometimiento a las potencias angélico-demoníacas mucho más porque no tiene el marchamo de lo histórico, de lo que se toca, de lo que se verifica.

Con este bagaje se puede superar la influencia de “lo elemental del mundo” (*Kata ta stoikheia tou kosmou*, 2,8), de lo indiscernido, de la costumbre no verificada, del

mecanismo religioso que sojuzga. Así se podrá ver uno libre de esa “vana ilusión tradicional de la humanidad” (*Kata tèn paradosin tòn anthrôpôn*, 2,8), la tendencia a quedar atrapado en planteamientos religiosos que esconden el miedo a lo humano u otras intenciones inconfesables.

### 3) *Secreto de Dios*

El autor da un paso más para llegar hasta el último ámbito de la cuestión: en el Jesús pobre crucificado, pero pleno por su humanidad, se desvela el misterio y el secreto del mismo Dios. Son términos que, sin duda, entendían muy bien aquellos que eran tentados por el pensamiento angélico-demoníaco ya que, en último término, se estaba aspirando a un nuevo conocimiento por considerar el de Jesús de poco nivel. En este sentido, Jesús es, frente a todo falso esoterismo, “secreto” de Dios (*To mystêrion*, 2,6), un secreto-escondido-revelado, “escondido desde el origen de las edades y de las generaciones, y revelado ahora a sus consagrados” (*To mystêrion to apokekrymmenon apo tòn aiônôn kai apo tòn geneôn –nyn de ephanerôthê tois hagiois autou*, 2,6.). En el Jesús pleno está escondido el secreto que han albergado todas las personas anteriores, todas las generaciones pasadas. Pero ahora es un secreto desvelado a quien le da su adhesión. No es algo para iniciados ni reservado a gente especial. La fidelidad mantenida a la persona del Jesús pobre es la garantía de que se va a llegar a penetrar en ese secreto. Un secreto para creyentes, no para meros iniciados.

En ese secreto “se esconden todos los tesoros del saber y del conocer” (*En hô eisin pantes hoi thesauroi tês sophias kai gnôseôs apokryphoi*, 2,3). No es, pues, una sabiduría arcana la que es necesaria para entender ese secreto, sino que se llega a él por una vida en amor mutuo. Eso es lo que dice haber hecho el autor en su “lucha empeñada por vosotros y por los de Laodicea”. Se desbaratan así todas las técnicas gnósticas reservadas a iniciados conocedores de secretos ocultos. En el caso de Jesús no hay nada de eso: se llega al secreto de Dios en él por medio de una vida asentada sobre el amor, por una adhesión firme en el Mesías (*Kai to stereôma tês eis Khriston pisteôs hymôn*, 2,5b).

Por este secreto está el autor y su “equipo” en la cárcel. Pero pide a la comunidad de Colosas su oración para “que el Señor nos dé ocasión de predicar y exponer el secreto del Mesías” (*Hina ho Theos anoixê hêmin thyran tou logou lalêsai to mystêrion tou Khristou*, 4,3). Es que tal misterio no es inexplicable o de tal sublimidad que no pueda ser patrimonio de cualquier persona. Más que de una enseñanza, se trata de motivar una adhesión, de proponer un camino de vida. Nada que ver frente a las difusas teorías de quienes andan tras los ángeles y los demonios.

### 4) *Una ascesis con sentido*

Desde aquí se desvela la posibilidad de vivir una ascesis con sentido. Quienes andan tras las potestades celestes urden un sistema ascético que carece de sentido, puesto que lo que pretende en el fondo es congraciarse con unas fuerzas que no dominan y que, lógicamente, consideran altamente amenazantes. Comidas, lunas, fiestas, sábados, todo eso es “sombra de lo que tenía que venir” (*Ha estin skia tòn mellontôn, to de sôma tou Khristou*, 2,17). Por lo tanto, no tiene sentido supeditarse a algo que ha caducado ya.

Junto a eso, tampoco es necesario someterse a procesos humillantes de degradación o extrañas devociones basadas en visiones que no son, en el fondo, sino engreimiento tonto del amor propio (*Eikê physioumenos hypo tou noos tês sarkos autou*,

2,18). Quien tal hace, “se desprende de la cabeza, que por las junturas y tendones da al cuerpo entero alimento y cohesión” (*Kai ou kratôn tēn kephalēn, ex ou pan to sōma dia tōn aphōn kai syndesmōn epikhorégoumenon kai symbibazomenon*, 2,19). Se desprende de Jesús y así se expone a quedar seco de humanidad y de fe, carente del alimento de sentido que su vida demanda a gritos.

Desde esta evidencia, toda “regla” queda resituada, desplazándose hacia un lugar secundario, controlando el ansia devoradora de constituirse en centro de todo. Todas esas cosas “son para el uso y consumo” (*Ha estin panta eis phthoran tē apokhrēsei*, 2,22a), de manera que están al servicio de la persona y no al revés. Queda desautorizada una sabiduría que se basa en esa clase de prescripciones que no tiene más razón de ser que hacer de la vida una realidad más vivible y digna. Dar a todo eso la categoría de sabiduría “no tiene valor ninguno y sirve para cebar el amor propio” (*Ouk en timē tini pros plēsmonēn tēs sarkos*, 2,23b).

Frente a todo esto, el autor propone y opone la plenitud que da el Mesías, que empieza por una renovación del interior de la persona, de sus valores más sólidos, hasta anhelar “hacer de todo hombre un cristiano cabal” (*Hina parastēsōmen panta anthrōpon teleion en Khristō*, 1,28). Ese tal creyente no es sino quien logra “esconder su vida en Cristo” (*Kai hē zōē hymōn kekryptai sun tō Khristō en tō Theō*, 3,3), llegar a situar su trayectoria personal en la perspectiva del Evangelio y sus valores. La cabalidad lograda, la adultez conseguida, será la prueba de que la propuesta de Jesús tiene una base y un enganche real con lo humano.

El claro consejo “estad centrados arriba, no en la tierra” (*Ta anō phroneite, méta ta epi tēs gēs*, 3,2) habrá de entenderse, a la luz de todo lo expuesto, no como una huida de lo histórico (eso es lo que hacen los seguidores de la espiritualidad angélico-demoníaca), sino como un asentarse en la vida desde la perspectiva de los valores del Evangelio que Jesús ha mostrado: en el fondo de la existencia late la presencia del padre, ahí se halla su secreto (Cf Jn 14,23). La responsabilidad y hasta el amor a la historia, más allá de su pobreza, será la respuesta existencial adecuada.

##### 5) *Las nuevas relaciones, soñadas y no logradas*

Es lógico que este hermoso edificio espiritual sea llevado al metro cuadrado de la vida de cada creyente para tratar de ver cómo ha de influir y pretender modificar el horizonte social que es donde se juega la vida. Como ocurre en Ef, la espiritualidad y aun la exhortación moral son muy valiosas, pero los códigos domésticos continúan inamovibles.

Esta espiritualidad de la persona nueva ha de llevar al gran ideal paulino (Cf Gal 3,28): “Aquí no hay más griego ni judío, circunciso ni incircunciso, extranjero, bárbaro, esclavo ni libre: no, lo es todo y en todos Cristo” (*Hopou ouk eni Hellēn kai Ioudaios, peritomē kai akrobystia, Barbaros, Skythēs doulos, eleutheros, alla panta kai en pasin Khristos*, 3,11). En la nueva humanidad que Jesús desvela como secreto de Dios, precisamente porque está unida a una historia de pobreza, ninguna constricción ni diferencia histórica tiene sentido ya: la más elemental igualdad es la que ha de presidir las relaciones nuevas entre las personas. Los códigos sociales de una sociedad clasista, dividida, jerarquizada, deberían saltar hechos pedazos ante un planteamiento así. Más aún, las nuevas relaciones han de estar hechas de amor, paz y alabanza. Se trata de hacer ver que Dios es de fiar en un estilo de vida comunitario donde el amor y las relaciones sencillas y benignas sean el lenguaje que hable de manera elocuente de Dios y de un Jesús, secreto de Dios, en el marco de una vida humilde. La experiencia de Jesús pasa así al simple cauce de una vida fraterna que visibiliza la experiencia honda, esencial, de Jesús.

Pero, como ocurre en Efesios, los códigos domésticos permanecen inamovibles: las mujeres han de ser dóciles a los maridos (3,18), los hijos a sus padres (3,20), los esclavos a sus amos (3,22). La misma espiritualidad se emplea para fundamentar estos códigos: las mujeres han de amar a sus maridos “como conviene a cristianas” (*Hós anêken en kyriô*, 3,18b), los hijos a sus padres “que da gusto ver eso en los cristianos” (*Touto gar euareston estin en kyriô*, 3,20), los esclavos a sus amos “por respeto al Señor” (*Phoboumenoi ton kyrion*, 3,22b). No ha sido suficiente la experiencia para dar un giro nuevo a las relaciones sociales. Particularmente las relaciones amos-esclavos quedan más justificadas que nunca, con lo que el interrogante del valor de la espiritualidad de la experiencia esencial queda más cuestionado que nunca.

## 2. Derivaciones espirituales y sociales

a) *El impacto de Jesús*: Para mantenerse en la adhesión a Jesús es preciso seguir viviendo bajo su influjo, bajo su impacto. Si lo de Jesús no impacta, como ocurre en Col, se desplaza uno hacia otros impactos que considera más decisivo. ¿Qué es lo que impactaba de Jesús? ¿Se puede recuperar hoy ese mismo impacto que relativice otros atractores de la sociedad moderna? Respondemos a la primera cuestión con un párrafo de J. Sobrino: “De Jesús impactaba la misericordia y la primariedad que le otorgaba: nada hay más acá ni más allá de ella, y desde ella define la verdad de Dios y del ser humano. De Jesús impactaba su honradez con lo real y su voluntad de verdad, su juicio sobre la situación de las mayorías oprimidas y de las minorías opresoras, ser voz de los sin voz y voz contra los que tienen demasiada voz, e impactaba su reacción hacia esa realidad: ser defensor de los débiles y denuncia y desenmascaramiento de los opresores. De Jesús impactaba su fidelidad para mantener honradez y justicia hasta el final en contra de crisis internas y de persecuciones externas. De Jesús impactaba su libertad para bendecir y maldecir, acudir a la sinagoga en sábado y violarlo, libertad, en definitiva, para que nada fuese obstáculo para hacer el bien. De Jesús impactaba que quería el fin de las desventuras de los pobres y la felicidad de sus seguidores, y de ahí sus bienaventuranzas. De Jesús impactaba que acogía a pecadores y marginados, que se sentaba a la mesa y celebraba con ellos, y que se alegraba de que Dios se revelaba a ellos. De Jesús impactaban sus signos -sólo modestos signos del reino- y su horizonte utópico que abarcaba a toda la sociedad, al mundo y a la historia. Finalmente, de Jesús impactaba que confiaba en un Dios bueno y cercano, a quien llamaba Padre, y que, a la vez, estaba disponible ante un Padre que sigue siendo Dios, misterio inmanipulable” (J.SOBRINO, *La fe en Jesucristo*, 207). ¿Se puede recuperar este impacto en nuestro hoy social? Sin ninguna duda. Quizá por él la figura de Jesús sigue atrayendo más allá de deformaciones y de traiciones.

b) *Cristo de las raíces*: Así se denomina una obra de Miquel Barceló donde juega con elementos que parecen raíces para componer una imagen de Jesús enraizado y, a la vez, señor de la vida. La obra de arte tiene una dimensión artística y otra política que, creemos, conecta con el espíritu de Col. “Una y otra vez necesitamos volver al encuentro personal con la Raíz que nos hace vivir. Así, al vivir enraizados en Él, afianzamos nuestra fe en el señorío de Cristo sobre toda realidad y ganamos en libertad frente a tantos poderes que pretenden dominar el mundo. La insoslayable experiencia mística del cristiano tiene, pues, una evidente dimensión política” (p.317). Es decir, una experiencia esencial de Jesús mantiene la conexión vital con Él, imprescindible para una fe asentada sobre la adhesión, no tanto sobre creencias. Y, además, azuza la utopía y el valor, la “parresía”, frente a los poderes fácticos que pretenden oprimir al débil armándole de

vigor para responsabilizarse de su suerte y de su memoria. El enraizamiento en Cristo y la consecuente responsabilidad histórica hacen parte integrante de la experiencia esencial de Jesús.

*c) Divino por su honda humanidad:* Los mecanismos religiosos, la fuerza tremenda de los corpus dogmáticos, la simple tradición con su enorme potencia acumulada en años ha puesto el acento en la divinidad de Jesús hasta llegar a oscurecer, prácticamente a hacer desaparecer, la hermosura de su camino humano. Col, libre de constricciones religiosas ulteriores, tiene otro planteamiento: es por su honda humanidad, por su abajamiento en la historia, por su descenso al sótano de la vida, por la asunción de todos los valores de la debilidad histórica como Jesús se constituye Hijo, secreto de Dios, cercano del todo a la divinidad. “Jesús es Dios en su sencilla y compartida humanidad. Su vida misma es la Buena Noticia. Por su estilo humilde sabemos dónde está la verdadera grandeza de Dios. Por su cariño al pecador arrepentido conocemos el sentido de la santidad divina. En su compasión por todo el dolor, en su alinearse al lado de los pobres, en su defensa de los maltratados, marginados y oprimidos, se nos abre la actitud definitiva de Dios para el hombre y su intención al ponerlo en el mundo. Desde su aparición entre nosotros, cuando alguien se siente abrumado o inquieto frente al misterio sobrecogedor de lo divino, tiene delante de sí una vida clara y fraterna donde ir leyendo con humildad y confianza la respuesta segura y definitiva” (A. Torres Q., *Repensar la cristología*, pp.19-20). Es cierto que cada época histórica ha subrayado el aspecto que más le convenía a sus propios condicionamientos sociales. Quizá el creyente de hoy se ve impulsado a subrayar la honda humanidad para poderse entender y vivir en un marco secular. Pero también es preciso decir que este subrayado no se hace en detrimento de su divinidad. Al contrario, se quiere dar con una tercera vía, más inclusiva, más holística: Jesús es divino en su honda humanidad, en su pobreza histórica asumida y abrazada. No hay ningún tipo de disección en él. Es un todo amasado en lo humano. Quizá sea ésta la única manera de poder entender la historia, incluida su estructural pobreza, como un don de amor.

*d) La cabalidad creyente entendida como cabalidad humana:* Los escritos del NT, como Col, buscan alumbrar la persona cabal, el cristiano auténtico y bien asentado que no habría de estar zarandeado por cualquier viento de doctrina (Cf Ef 4,14). Esta cabalidad es la que dimana de la experiencia esencial de Jesús como hombre pleno en el marco de su historia pobre. “Con su estilo de vida pone Jesús delante de nuestros ojos el modelo preciso de lo que es una existencia humana auténtica. Espíritu filial que conjunta, sin tensiones la adoración y la confianza sin límites. Alegría de vivir, que no escapa a las durezas de la vida, y valentía, que no se crispa jamás ante el odio. Fraternidad como estilo, y amor como norma suprema. Comunión con todos, sin caer en trampa alguna, porque desde siempre y sin vacilación se sitúa abajo: con los pobres y marginados, con los enfermos y desgraciados, con los humillados y ofendidos” (A.Torres Q., *Repensar la cristología*, p.20). Esta cabalidad es la que lleva a los creyentes a tomar su experiencia de fe y vida con responsabilidad, porque la responsabilidad es condición sine qua non para la cabalidad. “La tradicional forma de expresar la fe no facilita precisamente que los hombres y mujeres de hoy puedan relacionar a Jesucristo con su realización como personas. El lenguaje y los conceptos de culturas pasadas con los que seguimos expresando nuestra fe, hacen imposible para la mayoría el caer en la cuenta de que la religión cristiana es fundamentalmente humanizadora. Parece una dimensión añadida, en relación exclusiva con la vida futura más que con la vida presente. Es vista como una religiosidad que exige a veces el desprecio de la vida real. Y yo creo que el Dios de Je-



sús quiere que vivamos ya desde ahora su vida eterna” (M. Guerra Campos, *La confesión*, p.191). El camino del logro de la cabalidad humana se presenta como más útil que el de la mera reorientación del hecho religioso. La experiencia esencial de Jesús es una verdadera alternativa para la cabalidad humana y cristiana.

e) *Secretos guardados y secretos desvelados*: La experiencia cristiana no es un esoterismo, un camino para iniciados, un grupo secreto y arcano, La luz y la claridad son acompañantes normales del caminar de la comunidad cristiana. Así piensa Col frente a quienes buscan el amparo de lo nocturno para encontrar sentido a su aventura espiritual. Lo arcano, el sigilo, lo secreto, las imposiciones de silencio, han sido moneda de cambio, y aún lo son, en los comportamientos de los cristianos. Chocan un planteamiento de claridad y transparencia que es el planteamiento de la encarnación. Nada que no pueda ser dicho a la comunidad habría de ser de recibo. Sin embargo, la comunidad tendría que guardar secretos comunes de vida que hacen parte de la mística creyente: el secreto de la fuerza de la utopía, el secreto del amparo de la oración, el secreto del acompañamiento humilde, etc. Son secretos de vida que no les va bien ser aireados, el ponerlos en el escaparate porque se desvirtúan. Hacer de estos elementos un show litúrgico, mediático, puesto en venta, es quitarles su encanto y su alma.

f) *Nuevos caminos, nuevo sentido, para la ascesis*: Todos los mecanismos religiosos han ponderado la ascesis. Y a veces en maneras extremas. Col cree que, con ser útil, la ascesis ocupa un segundo lugar en la experiencia esencial de Jesús. Hace ya tiempo que la gran masa de los creyentes se ha apeado de la ascesis. Quedan algunos vestigios folclóricos como el ayuno. Pero la valoración explícita de una vida ascética ha desaparecido. Y sin embargo, la ascesis bien orientada podría adquirir un nuevo sentido. Tendría estas funciones: nos ayuda a la convivencia ciudadana, nos acerca a las situaciones de los débiles, nos mantiene en los anhelos de la justicia, nos aproxima a la cruz de Cristo. Reivindicar en estos tiempos nuestros una nueva ascesis puede parecer desfado. Pero la llamada “espiritualidad del decrecimiento” no es sino algo de eso. Efectivamente, el decrecimiento, movimiento que en los últimos años está tomando fuerza en Francia (*décroissance*) e Italia (*decrescita*), más que un programa o un concepto es un eslogan para llamar la atención sobre cómo la economía hiperacelerada está arruinando el mundo, un timbrazo para despertarnos de la lógica fáustica del crecimiento por el crecimiento. El economista Serge Latouche, decano de la *décroissance*, señala sin embargo que “el decrecimiento por el decrecimiento sería absurdo”, y que sería más preciso (aunque menos elocuente) decir acrecimiento, tal como decimos ateo. Se trata de prescindir del crecimiento como quien prescinde de una religión que dejó de tener sentido. Fijémonos que la palabra talismán de nuestra crisis económica es “crecer”. Se piensa que creciendo la vida mejora aunque, en realidad, la calidad baja notablemente. Una vida de moderación y ascesis sería camino propicio para un planteamiento productivo y económico distinto, de más calado humano. “El objetivo más llamativo es la disminución de la huella ecológica en los países que denominamos más desarrollados del planeta. Es decir, la reducción significativa de los consumos de bienes y de energía, el reparto del trabajo con la consiguiente disminución de jornada laboral y evidentemente con una disminución del sueldo o la relocalización de la producción de materias en lugares cercanos a su consumo. Pero su principal objetivo es diseñar una nueva sociedad donde se satisfagan las necesidades básicas de las personas, se respete el equilibrio con la naturaleza y en definitiva se viva mejor con menos. Sabemos que puede sonar un poco ingenuo, pero si nos paramos a pensar en el sistema capitalista actualmente vigente no creo que se pueda concluir que la mayoría de las personas ven satisfechas sus nece-

sidades, sobre todo en el Sur, o se sienten felices en la selva del consumismo.” (A. Zurutuza, *El crecimiento*, p.20). Hay aquí todo un camino de espiritualidad abierto a la realidad de hoy.

*g) Una espiritualidad que transforma los códigos sociales:* Tanto Ef como Col dejan un sabor agridulce puesto que, después de elaborar una espiritualidad de profundo contenido, no logran trasladarla al ámbito de los códigos sociales cotidianos. Las relaciones humanas, sobre todo, mujer-hombre, padres-hijos, amos-esclavos, quedan intocadas cuando no confirmadas por la espiritualidad. Ahora bien, una espiritualidad que no logra llegar al marco social y que no intenta modificar sus códigos para el logro y acrecentamiento de la más elemental igualdad queda, desde ese mismo instante, marcada por la sospecha. Por eso, autores espirituales como L. Boff, cuando piensa en las virtudes para otro mundo posible, habla de comer y beber juntos, de vivir en paz, de convivencia, respeto y tolerancia, de hospitalidad. Son los valores básicos adonde confluye la espiritualidad como a su lugar natural. “El desafío consiste en encontrar, bajo la inspiración de estas virtudes, las mediaciones históricas y las mejores condiciones sociales y jurídicas para hacer que, dentro de los límites por el alcance de unas situaciones sociales dadas, tales virtudes no sean negadas ni traicionadas, sino concretadas del mejor modo posibles” (p14). Privar a la espiritualidad de este afán es exponerla a simple esterilidad.

*h) La quiebra del modelo patriarcal:* Col, con toda su espiritualidad, no pone en cuestión ni un ápice el modelo patriarcal, androcéntrico, reinante en su ambiente. Sin embargo, para nosotros las cosas han cambiado. La crisis del modelo patriarcal es un gran torbellino porque toca vivamente las opciones sobre las que se ha asentado tradicionalmente la estructura de la persona. Dicho modelo no ha sido capaz de resistir a la revolución sexual, la incorporación de la mujer al trabajo asalariado o los diferentes movimientos emancipadores feministas y de la liberación sexual. Por eso, las relaciones de género y las intergeneracionales están adoptando formas nuevas que se distancian del modelo patriarcal dominante hasta ahora. ¿Cómo asimilar esto desde la espiritualidad de la experiencia esencial? La misma carta da una luz en 3,11: la más elemental igualdad, con todas sus consecuencias, ha de presidir cualquier relación social. Salirse de ahí es desvariar respecto a la experiencia de Jesús. De ahí que la comunidad de seguidores y el modelo que persigue está marcado por la más elemental igualdad sin paliativos. Desde ahí, el modelo androcéntrico pierde automáticamente todo su vigor.

*i) Libres de determinismos:* No le resulta fácil al camino humano verse libre de determinismos, de fuerzas que supuestamente controlan y coartan el caminar humano. En la época de Col eran las fuerzas angélico-demoníacas. Ahora pueden ser otras. Pero el hecho es que a la persona le cuesta ser señora de su propia historia (dentro de los límites de lo humano). Quizá tenga esto que ver con el logro de la autonomía de la que los mismos mecanismos religiosos recelan con frecuencia, ya que entienden que esa autonomía puede llevar a un desligamiento de lo divino perjudicial y soberbio. Pero lo cierto es que Dios nos ha creado autónomos, no desligados ni soberbios. La experiencia esencial de Jesús había de llevarnos a eso, Él que vivió y experimentó una profunda libertad frente a su propio sistema social y religioso. Este anhelo es preciso vivirlo en la conciencia de que se situará en un proceso y que, por lo mismo, se irá construyendo con todas las dificultades inherentes. “No estamos condenados a vivir únicamente con lo que somos, como cualquier piedra o animal, pero tampoco es posible ser dueños absolutos de nuestro futuro. Con la mirada puesta en el más allá, hacia el que nos orientamos

con nuestro querer, avanzamos por caminos difíciles y con obstáculos. La aspiración infinita de llegar por fin a la meta se realiza con errores e inconsecuencias, producto de la limitación. El dinamismo insaciable se mezcla con el vacío y la frustración del que, a pesar de las buenas intenciones, no las traduce siempre en el realismo de los hechos. El mismo poder revela nuestra impotencia. Queremos y no podemos, pero a veces también podemos y no queremos” (E. López Azpitarte, *Autonomía*, pp.192-193). Aun teniendo en cuenta este laborioso proceso, el anhelo de una libertad creciente ante los determinismos es lícito y el creyente lo entronca con la libertad y experiencia esencial del mismo Jesús.

*j) Bondad versus perfección:* La mejor traducción de la experiencia esencial de Jesús que encuentra Col es una vida en bondad, ceñida por el amor mutuo que es “el cinturón perfecto” (3,14). En épocas pasadas, y en base a textos como Mt 5,8 (“Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto”) se había propuesto el ideal de perfección como ideal mayor. Pero lo cierto es que el Evangelio propone la bondad como tal ideal mayor, por la simple razón de que el núcleo del ser Dios es la bondad (“Sólo Dios es bueno”: Mc 10,17-30). La bondad como dimanante de la experiencia esencial sería herramienta útil para una ulterior mutación del marco social, de las relaciones humanas. Si no llega a tanto es por el peso histórico, social, religioso de los aparatos normativos. Pero si la bondad no llega a triunfar, no verifica el milagro de “tocar lo yerto” (S. Rodríguez).

### **Conclusiones:**

Plasmamos en cuatro asertos finales las conclusiones que nos brotan en la hora final de esta reflexión:

- Col es un texto que persigue explícitamente la madurez cristiana, la “cabalidad” del creyente. Por lo mismo, es preciso leerlo adultamente, con sus luces y sombras, para que contribuya a la madurez cristiana. Esto supone el poner en segundo término planteamientos ideológicos que frenan la osadía de un planteamiento creyente libre.
- La vuelta a la experiencia esencial de Jesús, tras siglos, aún vigentes, de valoraciones religiosas puede ser altamente sanante para el corazón de los creyentes. No estamos siendo más sagaces que nadie; estamos intentando volver a lo que fue en el principio, un afán por conectar desde lo hondo con una experiencia de vida, no tanto con un sistema de creencias.
- Una lectura social de Col puede ayudarnos a recabar la frescura necesaria para vivir hoy la fe en comunidad, en una hora no fácil por la rigidez de planteamientos estructurales en los que se articula la Iglesia. Así mismo, colaboraría al descubrimiento de una tercera vía, hoy inédita, que abriera un horizonte nuevo y distinto a la experiencia cristiana.
- Col ayuda al cultivo de una mística para el redescubrimiento de valores actuales (decrecimiento, superación del androcentrismo, etc.) que pueden darnos una visión más viva y dinámica del hecho social

### **BIBLIOGRAFÍA**

ABAD FACIOLINCE, H., *El olvido que seremos*, Ed. Seix Barral, Barcelona 2007.

- BOFF, L., *Virtudes para otro mundo posible. I: Hospitalidad: derecho y deber de todos*, Ed. Sal Terrae, Santander 2006.
- EVANS, C.A., *El Jesús deformado. Cómo algunos estudiosos modernos tergiversan los evangelios.*, Ed. Sal Terrae, Santander 2007.
- GUERRA CAMPOS, M., *La confesión de un creyente no crédulo*, Ed. EVD, Estella 1998.
- IZUZQUIZA, D., *Enraizados en Jesucristo. Ensayo de ecclesiología radical*, Ed. Sal Terrae, Santander 2008.
- LÓPEZ AZPITARTE, E., *Autonomía*, en AA.VV., *10 palabras clave en la construcción personal*, Ed. EDV, Estella 2009, pp.181-218.
- MARINA, J.A., *Dictamen sobre Dios*, Ed. Anagrama, Madrid 2001.
- MATE, R., *La herencia del olvido*, Ed. Errata Naturae, Madrid 2008.
- PAGOLA, J.A., *Jesús: aproximación histórica*, Ed. PPC, Madrid 2008.
- SOBRINO, J., *La fe en Jesucristo. Ensayo desde las víctimas*, E. Trotta, Madrid 2007.
- TORRES Q., A., *Repensar la cristología*, Ed. EVD, Madrid 1996.
- VIGIL, J.M., *Otra espiritualidad es posible. La coyuntura actual de la espiritualidad*, en *Éxodo* 88 (abril 2007).
- ZURUTUZA, A., *El drecrecimiento puede ser uno de los referentes políticos dentro de pocos años*, en *Gara* 29-10-09, pp.20-21.